

LA ZONA ROSA DE NUEVA YORK

Alfonso Maya Nava /
Ciencias Políticas y Sociales

Está, los domingos por la mañana, en la Quinta Avenida y en el Parque Central; en la tarde se desplaza a Parque Washington, donde permanecerá toda la semana.

Sus moradores habitan desvanes, sótanos y otros lugares en el Greenwich Village que, gratuitamente, ceden los dueños de construcciones viejas, rojoscuras, como todas las de la isla. Aquellos que cuentan con entradas seguras, pagan departamentos en el mismo barrio; el resto, viene a hacer bola de fuera.

Los fresas de medio tiempo visitan el barrio bohemio los fines de semana, con barbas postizas, cualquier atuendo que no se parezca al que visten los cinco días de trabajo y participan en la fiesta al aire libre en la que hay un poco de música para todos los gustos. Los Village Strompers y otros conjuntos ensayan nuevas melodías frente a las venerables fachadas de la Universidad de Nueva York.

La mugre nos recuerda Harlem; las caras de los jóvenes a los pieles rojas. Éstos, con los de San Francisco y otros, han puesto de moda el rojo indonesio y no es por mera casualidad que las oficinas del movimiento estudiantil antibelicista están cerca del parque rosa por excelencia.

Conscripción, guerra, discriminación son los puntos de ataque constantes de los hijos gritones de la Gran Sociedad; producto de la misma, pues los alimenta y proporciona las migajas que, a precio de dólar, les permite ser independientes sin llegar a la mendicidad, y si las chicas piden monedas en la salida del subte, en la calle 4, es porque a la vez que se procuran nuevas amistades, juntan para un buen trago o su equivalente.

Sus actitudes y críticas no proponen la transformación del sistema. Pregonan, únicamente, una Norteamérica atenta a sus propios asuntos y, con el ejemplo de los hippies, una revalorización de la comunicación social a nivel personal.

Históricamente distanciados del Black Power y de las tesis de la Escuela de Berkeley, los bosemios de Manhattan hablan al mundo con el lenguaje de los reformistas (american point of view) y enseñan a la borregada de fribies los placeres de la ovasión. Por cierto, no ha prosperado el uso de cáscaras de plátano y los Banana Brass deben haberse perdido en un

recoveco del Central Park. Este grupo de músicos amantes del arte mismo, usaban como estandarte una caja de plátanos de la marca Chiquita y se proclamaban los instauradores del Banana Power.

No obstante la escasez de metas revolucionarias, la posición social de los village newyorkers los lleva a colaborar, en un panorama muy general, con los movimientos pacifistas. Quemaron las cartillas del servicio militar y participan en manifestaciones: en la primavera del 67 realizaron una contra la guerra en Asia, lo que hizo reaccionar a los halcones de la Legión Americana, quienes organizaron otra más nutrida, apoyando a la gurra; además, publicaron enormes carteles con las fotos tomadas en la primera, a manera de excomunión.

Llevaron la bandera de la rebeldía juvenil en un país donde la juventud conoce muy poco de los problemas que no se refieren de manera directa y notoria a su terruño; jóvenes que, sin embargo, olfatean que algo anda mal.

Polemizan con militares, entienden a los negros y llevan una existencia que les permite captar las dolencias de su país. No serán ellos los que transformen la sociedad que los cuida y los visita como si estuvieran en una reservación: los turistas que van ahí son como los que recibimos por estos lares: cámaras y ropa veraniega; buscadores incansables de chácharas, ven, ven y nunca observan.

Son el tipo de hombres que no tiene bosques en los cuales refugiarse y que quiere volver a la naturaleza, a los árboles, a las flores, y ácido lisérgico, psilocibina y otras drogas le facilitan la huida del frío e indiferente Nueva York. Cuando termina su viaje encuentra en los cafés y en todos los antros del Greenwich Village un buen refugio.

Pintorescos, selváticos, los del Village tal vez han perdido la salida del subway, y en caso de tomarlo, seguramente se verían enfrentados abiertamente con su sociedad.

Mientras, cantan, se drogan, no saben qué hacer.

En la Imprenta Universitaria, bajo la dirección de Rafael Moreno, se terminó la impresión de *Punto de Partida 16*, el día 8 de diciembre de 1969. Se tiraron 2 000 ejemplares.